

así en el semblante como en sus santas y nobles cualidades.

De todas estas digresiones, que ya iban siendo sumamente largas, nos viene á sacar el ruido de un coche que se detiene frente á la puerta de la casa.

Gaspar desciende del carruaje, y al entrar á la sala ve con rápida ojeada el cuadro que hemos descrito: Enrique examina el cortaplumas que le regaló su padrino y con el cual ha degollado á un gato por vía de prueba; Amelia está entregada á su labor, y de cuando en cuando pasa su piecécillo por el lomo del perro; Octaviana se entrega á sus pensamientos, cuya tristeza no es bastante á destruir la expresión de tranquilidad y alegría, habitual en su rostro; Tamerlan azota el suelo con el rabo al recibir las caricias de Amelia.

El filósofo saluda y se adelanta hacia su mujer y sus hijos, que dejan sus asientos para abrazarle; pero en este momento llegan tras él sus amigos políticos. El compadre Márquez le toma el brazo y le lleva á la alcoba inmediata.

¡Ni un beso para sus hijos! ¡Ni una caricia para su esposa! De seguro que la filosofía no vale lo que el amor.

III

PREPARATIVOS PARA DESEMPEÑAR UNA ALTA MISION

Dijimos en nuestro primer capítulo que Gaspar había sido electo diputado al Congreso constituyente por el distrito H**, y ahora añadiremos que ese distrito no era otro que el de su residencia ordinaria, y que la elección se debió, antes que á otra cosa, á los "trabajos" del compadre Márquez.

Installáronse las mesas electorales, teniendo cuidado de apoderarse de ellas Márquez y sus amigos. Hízose votar en masa á los trabajadores de la quinta de Gaspar y á un cuerpo de tropa que había en la ciudad. Describiremos la escena con que se inauguraron ese día las funciones de la mesa presidida por Márquez.

Hallábase éste en medio, y á su lado los escrutadores y secretarios, cuando se presentó un hombre del pueblo, á hacer uso de su derecho. El hombre se detuvo todo cortado en el umbral de la puerta.

—Acercaos, ciudadano, le dijo Márquez con tono de protección.

El hombre se quitó su enorme sombrero de palma, se detuvo en lugar como un poste, clavando los ojos en tierra y dando vueltas entre las manos al sombrero. Al fin se decidió á murmurar:—Buenos días, señor amo.

—Aquí no hay amos ni criados— le contestó Márquez,—todos somos iguales ante la ley: todos venimos á hacer uso de un derecho sagrado é inalienable.

El hombre vió á Márquez con aire de admiración y permaneció en su puesto.

—Acercaos, ciudadano.

Silencio é inmovilidad de parte del hijo del pueblo.

—¿Queréis protestar contra la formación de la mesa?

—¿Tenéis que alegar cohecho ó soborno?

—¡Con mil diablos, Ambrosio!—exclamó Márquez, indignado al ver el silencio del hombre.—¡Habla! ¿A qué has venido?

—Ahora sí, señor amo. Yo creía que ya no me conocía su merced, ni se acordaba de cuando iba yo á raparme á su barbería... Pues, señor amo, es el caso que anteayer señor Chico, el empadronador, me entregó este pa-

pel que aquí pongo, porque me dijo que aquí lo trajera. A su merced consta que no sé leer, ni escribir, ni me meto jamás en nada, y que soy un pobre hombre cargado de familia, por lo cual ruego á su merced que no se me haga ningún perjuicio.

—No tengas cuidado, Ambrosio. Léamos la boleta: “Cuartel número 4; calle del Sapo, núm. 23.—Ciudadano Ambrosio Hernández, casado, de 34 años de edad. No sabe escribir.”—La firma del jefe del cuartel.

—¿Y bien, Ambrosio?...

—¡Y bien, señor amo!...

—Quiero decir, que ¿á quien votas?

—Quiero decir, señor amo, que yo no entiendo una palabra de todas estas cosas.

—Pero ¿no hay alguien en la ciudad que te inspire confianza, y á quien pudieras cometer el desempeño de una misión delicada?

—Sin duda que sí, señor amo.

—Pues bien, dí sin empacho su nombre, quien quiera que sea. Aquí todas las opiniones se respetan. Señores, plaza á todas las aspiraciones políticas! ¿Quién te inspira confianza, ciudadano; quiero decir, Ambrosio?

—Doña Tomasa, hermana del señor cura.

—¿Te burlas?

—No, señor amo. Su merced sabe muy bien que ella me socorrió mientras estuve en el hospital. Después me casé y ha sido la madrina de mis dos hijos; últimamente ella es quien me guarda mis ahorros; con que ya verá su merced si tendré ó no confianza en ella.

—No se trata de eso ahora, Ambrosio. Se trata de que des tu voto á un hombre para que sea elector y elija á uno ó varios diputados que te representen en el Congreso.

—Señor amo, yo no tengo nada que hacer en el Congreso.

—¡Oh, ignorancia! ¡Oh, estupidez! ¿Cuándo llegará el día en que el pueblo conozca sus derechos? ¡Sólo así podrá ser feliz!

—¿No habrá leva entonces, señor amo?

—No habrá necios. Vota, Ambrosio, y déjanos en paz.

—Pues, señor amo, yo ya entregué mi papeel.

—¿Qué nombre quieres que pongamos en su reverso? Cita á otra persona que no sea la hermana del cura.

—Haga su merced lo que convenga, que no entiendo pizca de estas cosas.

—Entonces Márquez se volvió á uno de los secretarios y le dijo: "Escriba usted en el reverso de esta boleta el nombre de Manuel Márquez." Ambrosio se retiró satisfecho y haciendo cortesías.

Los escrutadores tenían una grande hoja de papel blanco con el nombre de Márquez, y unas líneas horizontales dispuestas á recibir la anotación de los votos. Cuando el hombre del pueblo hubo salido, quedó atravesada la primera línea horizontal por otra perpendicular muy pequeña. Aquel era el primer voto. La escena de Ambrosio se estuvo reproduciendo durante el día con la regularidad con que salen los ejemplares de una estampa fotográfica.

Márquez fué nombrado elector. Los electores se reunieron y nombraron diputado, entre otros, á Gaspar. Pudo Márquez haberse hecho nombrar diputado; mas era positivista en el fondo: mandaba un cuerpo de guardia nacional, y la caja le daba mucho que hacer.

A la llegada de Gaspar Rodríguez á su ciudad natal, comenzó á recibir este

hombre público toda clase de testimonios de respeto y admiración de parte de los ambiciosos y de los cándidos. La entusiasta juventud dióle una serenata con la mejor música de aficionados que se pudo reunir, y que logró el triunfo de que todos los perros de la calle tomaran parte en el concierto. Hay multitud de hombres como Gaspar, que procuran halagar á los jóvenes para servirse de su entusiasmo como de un cascabel. Probado está por diversos autores, que los jóvenes son mucho más manejables que los hombres ya formados. Su buena fe y sus aspiraciones, casi siempre nobles, aunque muchas veces irrealizables, les identifican de pronto con tales personajes, y más tarde, cuando el interés y la ambición se despiertan á la vez que su razón, y conocen aquéllos el papel que han desempeñado hasta allí en la comedia humana, ese mismo interés y esa misma ambición les deciden á seguirlo desempeñando. El personaje que de años atrás les dispensa su amistad, ya es ministro y dispone á su placer de empleos de multitud de oficinas: no hay más que seguir afiliados á sus banderas. Así se explica la popularidad de ciertos hombres públi-

cos, cuya nulidad como políticos es completa. La juventud del distrito electoral de H*** no se conformó, pues, con la serenata: dió tres bailes á Gaspar; retratóle en un globo aerostático venciendo al horrible dragón de la tiranía, y, por último, paseóle en triunfo por las calles al son de tambores y clarines.

Tamaños testimonios de aprecio popular enajenaron de tal modo la imaginación y el tiempo de nuestro héroe, que sólo quince días después pudo ocuparse de su familia y de sus intereses. Márquez le había hecho ya algunas observaciones acerca de lo conveniente que sería separar á Enrique de la madre. Gaspar se avino á ello, y cierta mañana, aquel muchacho desaplicado y de malas inclinaciones, dejó el hogar doméstico y con él las influencias únicas que pudieran haberle traído á buen sendero. Fué enviado por su padre á uno de los colegios de México y encomendada su educación política á uno de los hombres de más viso en el liberalismo. Octaviana se mostró resignada á la voluntad de su marido; pero llena de aflicción tan extremada cuanto justa, lloró sin consuelo la pér-

dida de su hijo en presencia de Amelia.

Respecto de intereses no se inquietó mucho Gaspar. Es cierto que su quinta había sido devorada por un incendio; pero recomendada la reposición de ella al antiguo é inteligente administrador, á vuelta de muy pocos meses se haría productiva, y entretanto Gaspar viviría con el bolsillo de sus amigos, porque ésta es otra de las prerrogativas anexas á los hombres de Estado. Si sois un honrado comerciante ó un excelente artesano y estando en vísperas de quebrar, ó enfermo en la cama, acudís á los amigos ricos para que os salven de la vergüenza ó del hambre, formularán la negativa más urbana que les sea posible, y os cerrarán en seguida las puertas de su casa, sin perjuicio de no conoceros el día que os encuentren en la calle. Si sois hombre de Estado, acudid á ellos aunque estéis cubo abajo, y os abrirán sus arcas, porque mañana se levantará vuestro partido, podríais hacerles daño y ellos quieren sacar provecho de vuestra amistad á su tiempo. No os prestarán por conmiseración ó generosidad; pero os prestarán por interés

ó por miedo. No olvidéis, sin embargo, que no hay regla sin excepción.

Arreglado por Gaspar lo que los modernos traductores del francés llamarían "su menage," y hechas un millón y pico de ofertas y recomendaciones á los jóvenes de la ciudad y á todos sus correligionarios políticos, pensó trasladarse á la capital de la República, donde creyó que su presencia, después del destierro, causaría cierto efecto. Por otra parte, se acercaba el día designado para la apertura del Congreso constituyente: Gaspar iba á representar al pueblo por la primera vez en el gran santuario de las leyes, no habiéndolo representado hasta allí sino en los santuarios pequeños de los Estados. Cuando un joven va á un baile por la primera vez, acude al local desde las oraciones de la noche y aguarda con febril impaciencia á los demás concurrentes. Los diputados noveles llegan apresuradamente á México, y maldicen la calma de aquellos que, fogueados ya en las luchas parlamentarias, aguardan á ser llamados tres veces para presentarse. Gaspar, pues, tomó un asiento en la diligencia y cierta tarde apareció como llovido en el callejón de Dolores, no sin ha-

ber extrañado que el pueblo no le hiciese demostración alguna de respeto al recorrer la diligencia los barrios y las calles del tránsito. Creyó que esto sería resultado de manejos de los retrógrados y se propuso hacer en la tribuna mención de lo acaecido, el primer día que tuviera la palabra.

Alojóse en el mejor hotel de México, acicalóse, y aquella noche misma se presentó en el teatro y procuró tomar una luneta no muy central á fin de no exponerse con toda certidumbre á una ovación popular; pero con gran sorpresa suya, nadie fijó en él la atención, salvo dos ó tres mozueros que le aplicaron sus lentes á quemar ropa y cometieron el desacato de reírse en sus barbas al notar el corte provincial de su casaca. A las seis de la mañana siguiente, nuestro hombre, afeitado y esmeradamente vestido, salió á recorrer las calles y las halló solas. Fué á la Plaza de Armas y vió que multitud de hijas desgraciadas del pueblo que se entregan sin escrúpulo á los placeres sensuales de la bebida y á los ensayos prácticos del comunismo, barrían en castigo la plaza, cortejadas por la vara del cabo. Gaspar se propuso fundar en México sociedades

de temperancia y elevar á la mujer al goce de todos los derechos políticos sin perjuicio de deprimirla cuando representara en contra de las reformas progresistas. A las nueve acudió á la Alameda y quedó medianamente sorprendido de hallarla sola, por la sencilla razón de que las mexicanas se levantan á las diez. El resto de la mañana lo empleó en visitar la Lonja, donde nadie pareció notar su presencia, y algunas iglesias que le escandalizaron á causa del lujo desplegado en el culto. Tomó nota del número aproximativo de las campanas á fin de proponer que con ellas se fundiesen cañones, y de los candeleros, atriles y lámparas de plata, que podían ser reducidos á moneda sonante para establecer con ella un banco agrícola é industrial, ó crear siquiera la hacienda pública, cosa tan difícil en nuestro país como hallar la cuadratura al círculo. En la tarde concurrió á pie al Paseo Nuevo, y, medio cegado, sin duda por las nubes del polvo que levantan los carruajes, creyó que cuantas iban en ellos eran inglesas, y por más que buscó á la juventud masculina, lustre y esperanza del país, no pudo dar con ella bajo el disfraz de charros del interior

con que sus miembros caracoleaban á caballo por todo el paseo, destrozando de vez en cuando palabras francesas. En la noche volvió al hotel, se puso á cepillar su traje, y cuando vió que á la casaca provincial no le quedaba polvo, advirtió que, en pago, á él ya no le quedaba tiempo de salir, porque eran las diez de la noche, y tomó la resolución de meterse en la cama, todo irritado y mohino, y diciéndose que México es un foco de prostitución y que convendría llevarse los poderes federales á su ciudad natal, á fin de alejarlos de la moderna Babilonia.

Amaneció más fresco á otro día y se propuso distribuir personalmente las cartas de recomendación que había traído consigo; pero la iniciación á la vida pública en México, es penosa como casi todas las iniciaciones. Gaspar estaba pasando por las pruebas, y ni las del agua y el fuego á que lo sometieron los yorquinos tiempos atrás, le hicieron padecer tanto. Curioso es el estudio de las notabilidades de provincia que vienen repentinamente á México, y, acostumbrados á recibir los homenajes de cortesía y de benevolencia, restos del antiguo carácter espa-

ñol que se conservan en las poblaciones cortas, se revelan contra la indiferencia que nace, así del ningún conocimiento que se tiene del forastero, como de las costumbres un tanto bruscas y exóticas que naturalmente introduce la inmigración extranjera, cada vez más crecida. Por regla general mientras que en los Estados se ve con interés cuanto pasa en la capital, nadie hace caso en México de lo que pasa en los Estados; derivase de aquí que las notabilidades de provincia trasplantadas, tengan que trabajar mucho para convertirse en notabilidades de México. Si el individuo no carece de mérito real, á los pocos años habrá ensanchado el círculo de sus conocimientos y amistades, y habrá establecido sólidamente las bases de su reputación y de su porvenir. Si es hombre de Estado de la escuela de Gaspar, tiene á su arbitrio un medio con el cual se alcanzan todos los fines, y este medio es la audacia. En México se rinde tributo á la audacia, lo mismo que en provincia y que en todas partes del mundo.

Decíamos que Gaspar estaba pasando por las pruebas. Nadie le conocía en México y la mayor parte de las

gentes no habían oído ni siquiera pronunciar su nombre. ¿Cómo era posible que un personaje notable por sus opiniones liberales en el distrito electoral de H**, desterrado á causa de ellas al extranjero por la administración anterior; que había contribuído poderosamente á derribar al tirano bebiendo sendas copas de Champaña por su caída en los hoteles de Nueva York, y que últimamente venía á representar á una parte del pueblo en el próximo Congreso, no fuese conocido de todo el mundo? Gaspar creía que su nombre pronunciado á tiempo, causaría en todas partes el efecto que la Pata de cabra ó los Polvos de Celestina; que las puertas se le abrirían por sí solas; que se le aplanarían las cuestas y las gentes se descubrirían la cabeza con respeto. Nada, pues, hay de raro en que Gaspar no pudiera contestarse la anterior pregunta que se hacía á todas horas, ni explicarse la proverbial audacia de los porteros que le detenían á la entrada de todas las casas, ni el aire perfectamente glacial de los comerciantes para quienes trajo carta, y quienes, al ver la firma de sus corresponsales, se limitaban á preguntar-

le si quería dinero y en seguida le volvían la espalda.

Gaspar se creía en un mundo enteramente nuevo y soberanamente idiota, puesto que era incapaz de comprender y apreciar el mérito del novel diputado, y estaba á punto de darse al diablo, cuando se halló en la calle con uno de los políticos de la corte, á quienes venía expresamente recomendado. Este hablóle y abrazóle estrepitosa y apasionadamente, llevóle á tomar un helado al café más inmediato, y por la noche le presentó en un club progresista y en algunas casas particulares. Con esto, un vestido nuevo hecho en México y que disfrazaba medianamente al forastero, y algunas juntas preparatorias en que nada se acordó, Gaspar quedó iniciado en la vida pública de México y en actitud de comenzar á legislar para la felicidad del país.

Se nos olvidaba decir que los periódicos tomaron á su cargo extender la popularidad de Gaspar. Comparáronle á Montesquieu en la ciencia legislativa y á Bruto en la energía republicana. Preciso es confesar que si Gaspar se parecía muy poco á Montesquieu, tenía mucho de Bruto. El

público, viendo lo que de él se decía en los periódicos, llegó á creerle un grande hombre.

IV

AUGUSTAS FUNCIONES LEGISLATIVAS

Después de unas cuantas juntas preparatorias en que fueron examinadas las credenciales de los diputados, señalóse día para la apertura del Congreso constituyente, y tal día llegó al cabo. El jefe del gobierno presentóse en la Cámara á dar cuenta de lo que había hecho y de lo que estaba por hacer. "El esfuerzo del pueblo—decía—ha derribado al tirano. Hoy comienza una nueva era para el país que hasta ahora va á gozar de los beneficios de la independencia. En cuanto á la hacienda pública, está por crearse; el ejército necesita nueva organización que lo moralice después de formarlo; la legislación es un caos y no hay comercio ni industria. La patria, señores, espera de vuestras luces el remedio de sus gravísimos males."

Aquí los representantes del pueblo inclinaron la cabeza, como para darse por apercibidos de tal notificación, y una salva de aplausos ahogó las últimas palabras del primer magistrado.

Gaspar Rodríguez no había perdido enteramente su tiempo. A poco de haber llegado á México, compró un ejemplar de la Constitución de los Estados Unidos del Norte, perfectamente empastado. Un amigo le prestó el "Contrato social" de Rousseau y las obras de Alfonso Esquiros, en una de las cuales halló estampado que es imposible que puedan avenirse la tradición y el progreso, la fe y la razón. Hizo de esta frase su divisa político-religiosa, y se lanzó á la arena.

En la época á que se refieren estas páginas venía mayor número de hombres instruidos á los congresos; la ignorancia no era todavía un título para representar al pueblo. Gaspar lo sabía y como no estaba adornado de conocimientos muy profundos en los diversos ramos que deben constituir la ciencia de un buen legislador, y así lo conocía él, se propuso no tocar, generalmente hablando, más que las cuestiones abstractas, que pudiéramos llamar de metafísica política, y en las